

T. II.

P. 89.



S. CARLOS BORROMEIO,
CARDENAL Y ARZOB.

de los príncipes, despreciar el favor de los grandes, y hacerse desentendido de los hechizos de una gran dignidad y de los brillos de un puesto encumbrado. Pero dime, ¿cuentas en tus acciones solamente contigo? ¿No sabes que la gracia de Dios lo vence todo, y que con ella puedes tú solo mas que todo el mundo? Si eres cristiano, debes tener en tu alma altamente impresas estas ideas. Sé, pues, cristiano, y usa desde hoy para tu provecho de los soberanos dones que te concede el Espiritu Santo.

DIA CUARTO.

SAN CARLOS BORROMEIO, CARDENAL Y ARZOBISPO DE MILAN.

San Carlos, de la ilustre familia de los Borromeos, nació en el castillo de Arona el día 2 de octubre del año 1538, siendo sumo pontifice Paulo III, y emperador Carlos V, que se habia apoderado del Milanés. La noche que nació, vieron los soldados que hacian la centinela iluminado todo el castillo con una resplandeciente luz, dando el cielo á entender el resplandor de santidad que algun día habia de derramar aquel niño en toda la Iglesia de Dios, quien desde su mas tierna infancia le previno con todas las bendiciones de dulzura. Huia cuidadosamente la compañía de aquellos niños en quienes notaba atolondramiento en las acciones, ó inmodestia en las palabras, gustando de estar solo, y se divertia en hacer altares, adornarlos, é imitar las ceremonias de la Iglesia, con cuyas acciones manifestó su inclinacion al estado eclesiástico; y habiéndole conferido la primera tonsura, logró

cuanto deseaba su devoto corazón. Un tío suyo, llamado Judas César Borromeo, renunció en él la abadía de San Gratiniano y San Felino. Luego advirtió el niño á su padre que aquellas rentas no se podían emplear en la manutención de la casa; y dejándosele al mismo niño la administración, separó de ellas lo que bastaba para su moderado sustento, aplicando lo demás para el adorno de su iglesia, y para el alivio de los pobres. Enviaronle á Pavía para acabar sus estudios, y aunque reinaba mucho el desorden en aquella ciudad, Carlos supo adelantarse en las letras sin perjuicio de la virtud. Conociendo lo inficionado que estaba el aire de aquel pueblo, evitó la infección con la oración, con la penitencia y con la frecuencia de los sacramentos. Recurrió á la que se llama Virgen por excelencia: puso en sus manos el tesoro de su virginidad, escogióla por madre suya, por su protectora y por su abogada. No añadiré que no le engañó su confianza, porque á ninguno engañó jamás la que colocó en esta divina Madre, que llevó en su vientre la sabiduría encarnada. Fuéle muy necesaria la protección de esta Reina de las vírgenes: pusieron asechanzas á su fidelidad; pero el fuego de la tentación solo sirvió para purificar mas el oro de su virginal entereza. Habiendo sido creado papa el cardenal de Médicis, su tío, con nombre de Pio IV, le llamó á Roma, donde con el capelo de cardenal le hizo arzobispo de Milan, y le encargó la principal administración de los negocios que desempeñó con la mayor integridad, solicitando sobre todo la conclusión del concilio de Trento. Vivía en Roma con esplendor, pero pensando algunas veces en retirarse. La muerte de su hermano mayor le determinó en fin á mudar de vida. Reformóse segun las constituciones del concilio, y Dios, que nunca se deja vencer en liberalidad, se comunicó á su siervo con particulares dones, dándole en la ora-

ción ciertas efusiones ó derramamientos de amor que le enternecían. Quiso retirarse de los negocios públicos para entregarse con mayor libertad á la oración; pero se lo disuadió don fray Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, diciéndole que un verdadero cardenal debía ser activo, esforzado y laborioso, siendo conveniente poner á la vista del mundo el ejemplo de un nepote del papa, que se interesaba mas en la gloria de la esposa de Jesucristo, que en la grandeza de su casa: rindióse el santo, y prosiguió trabajando como antes. Era arzobispo de Milan; pero como el papa le detenía en Roma cerca de su persona, envió á Milan al célebre Nicolás Ormanet, y él se ensayó en predicar para habilitarse á ejercitar este ministerio por sí mismo. Obtuvo en fin licencia para retirarse á su iglesia, donde fué magníficamente recibido. Predicó el domingo siguiente, y tomó por texto aquellas palabras: *Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros*. No era muy elocuente; pero como era santo y era obispo, su santidad movía los corazones, y la fuerza del espíritu pastoral daba peso á las palabras. Convocó un concilio provincial: arreglóse en él lo que tocaba á la vida de los obispos, de los sacerdotes, gobierno de las parroquias, administración de los sacramentos, con algunos estatutos acerca de las religiosas. Era cosa tan nueva en Milan un concilio provincial, que de todas partes concurrían á verle. No acababan las gentes de admirarse, viendo un cardenal en la flor de sus años subir al púlpito con frecuencia, administrar los sacramentos, negarse á todas las diversiones por desempeñar todos los ministerios de la dignidad episcopal. Extendida la fama por toda Italia, llegó á los oídos del papa con tanto gozo suyo, que escribió un breve á su sobrino con expresiones de la mayor satisfacción. Renunció el cardenal todos los beneficios que tenía, y en un solo

dia perdió cuarenta mil pesos de renta. Poco acostumbrado el mundo á semejantes rasgos de generosidad, apenas lo podia creer; pero lo vió y lo admiró. La caridad, que tenia su domicilio en el corazon del buen pastor, le comunicó su natural actividad para buscar las ovejas descarriadas. Empezó la visita de los Valles en el país de los Suizos, y en ella le veian todos caminar á pié, sufriendo la hambre, la sed y todas las inclemencias del tiempo. Era su comida y su bebida la salvacion de las almas; á precio de esta le eran estimables todos los trabajos. El zelo le infundia lijereza de ciervo para trepar los riscos mas escarpados, y para buscar entre los precipicios alguna oveja desmandada del aprisco. A las rebeldes las trataba con dulzura, se compadecia tiernamente de su descamino, mostrábales tal amor, que les ganaba la confianza; esta las obligaba á franquearle el corazon, y una vez franqueado este, las insinuaciones de la caridad pastoral, juntas á la gracia de Jesucristo, las arrancaba del error. ¿A cuántos no sacó de los desvaríos de la herejía? ¿á cuántos no llamó á la admirable lumbre de la fe, retirándolos de la region de las tinieblas y de la sombra de la muerte? No se hartaban de verle, siguiéndole de aldea en aldea y de choza en choza. Era buen olor de Jesucristo, y los pueblos corrian tras la fragancia que exhalaba su santidad. Estableció en la catedral de Milan un órden admirable. La devocion de los eclesiásticos, la magnificencia de los ornamentos, y el esplendor en las ceremonias, eran un espectáculo que verdaderamente sorprendia. Erigió muchos seminarios, y fundó un colegio para la nobleza, cuyos edificios son soberbios, y cuyos estatutos caracterizan la prudencia del santo fundador. Introdujo en Milan á los clérigos teatinos ó de san Cayetano, á quienes estimaba singularmente por su pobreza y por su confianza en Dios.

Antes habia introducido á los padres de la Compañía de Jesus, y fundó una congregacion de clérigos seculares, libres de toda suerte de votos, y solo dependientes de él como de su primera cabeza para emplearlos á su arbitrio donde lo pidiese la necesidad del arzobispado. Llamó á esta congregacion *de los oblatos de san Ambrosio*, poniéndola bajo la proteccion de la santísima Virgen y del santo doctor. Instituyó otros muchos piadosos gremios muy útiles á su iglesia, desahogándose, y como desarrollándose su caridad en estos establecimientos; centellas del divino amor que abrasaba su corazon, y tesoros escondidos con que enriquecia á su esposa. Reformó la órden de los franciscanos y de los humillados. Con ocasion de la reforma de los segundos sucedió un portento singular. Fué asariado un asesino para que quitase la vida al santo reformador. Entró el asesino en la capilla, donde el cardenal estaba rezando con su familia, y le disparó un mosquetazo casi á quemaropa, cuya bala conducida por el demonio llegó á la carne, y en la superficie de ella la aplastó el ángel tutelar de la diócesis; penetró mantelete, roquete y vestidos hasta el mismo cutis, donde se detuvo como respetándole; pero el santo cardenal inmóvil y sereno, como si nada hubiera sucedido, prosiguió rezando con el mayor sosiego. Al ruido del trabucazo concurrió á palacio toda la ciudad. El gobernador y el senado le aseguraron que harian justicia como se descubriese el reo. Logróse prenderle, y el santo no dejó piedra por mover para que se le perdonase la vida; pero á pesar de sus caritativas instancias fué castigado como merecia, y el papa abolió la órden de los humillados. Afligió Dios á la ciudad de Milan con el azote de la peste. Hizo san Carlos prodigios de caridad. Aconsejaronle que se retirase á algun lugar sano para conservar una vida que era tan

necesaria á toda la diócesis; pero el santo no dió oídos á semejante consejo, horrorizándole mas que la muerte la falta de caridad : víctima de esta virtud miraba á la muerte como corona suya. Parecia que la caridad le multiplicaba en muchos : padeciendo sus ovejas, padecia en todas ellas como buen pastor. Dia y noche andaba por las calles llevando á todas partes palabras de paz, de confianza y de amor. Su presencia suavizaba los dolores. Retratada en su semblante la alegría de los santos, se desprendia de su boca el consuelo del Señor, por lo que la gente no se saciaba de verle. Él mismo administró el Viático á uno de sus curas que murió víctima de la peste, la que no le tocó al santo, sirviéndole de preservativo su misma caridad: asilo que no acierta á violar el mal mas contagioso. Deshaciase á penitencias, como si aquella pública calamidad del rebaño fuese castigo por las culpas del pastor. ¡Cuántas veces se ofreció á Dios para que descargase solo en él todo el peso de su cólera! Para aplacarla instituyó procesiones generales; pero ¡qué no hizo en ellas! No es posible explicar lo que ejecutó visitando las parroquias de su diócesis mientras duró este azote del cielo. Estaba en continuo movimiento, dormia poco, y comia á caballo por no perder tiempo. Logró en aquel tiempo una abundante cosecha, hasta que, compadecida la divina piedad del pastor y del rebaño, levantó la mano del castigo, restituyó la serenidad, y admitió gustosa el sacrificio de su amor. Escribiéronle mil enhorabuenas de todas partes, y recibió cartas llenas de elogios escritas por los mayores príncipes de la corte romana; pero nada alteró la modesta humildad de su corazón, como quien conocia muy bien el verdadero origen de todas las gracias, y estaba perfectamente instruido de sus obligaciones. Respondió que en aquello no habia hecho mas que cumplir con

la obligacion de obispo, teniendo presente la doctrina de Jesucristo, segun la cual el pastor debè dar la vida por sus ovejas; sacrificio indispensable en quien está encargado de guardar el rebaño de Jesucristo. Vivió otros siete años despues que cesó la peste, trabajando en la salvacion de su diócesis y de toda la provincia de Milan con infatigable cuidado, y con una vigilancia pastoral que nunca reconoció flaqueza ni desaliento. Decia que el obispo demasadamente cuidadoso de su salud no podia cumplir bien con su encargo, añadiendo que á un obispo, como él quiera, nunca le puede faltar que trabajar; por lo que reprendió severamente á cierto prelado que le escribió se hallaba sin tener qué hacer : respondióle que no acertaba á concebir cómo podia estar desocupado ei que tenia sobre sí el cuidado de una diócesis. Aconsejando la residencia á un cardenal, y excusándose este con la ceñida extension de su obispado, le replicó el santo que una sola alma merecia la presencia de su obispo por elevada que fuese su dignidad. Para recogerse mejor algunos dias, se retiró el santo arzobispo al monte Voral, donde hizo unos ejercicios, siendo su director el padre Adorno, jesuita, que fué su confesor por muchos años, y le mereció la mas estrecha confianza. Hízolos con extraordinario fervor, como quien presentia que le habian de servir de preparacion para la muerte. Sus oraciones, sus penitencias y sus ayunos rindieron las fuerzas del cuerpo. Cayó malo; pero disimuló la primera calentura : á la segunda se descubrió con él padre Adorno, que moderó las oraciones, mortificaciones y vigiliias. Continuando la calentura, se restituyó á Milan, donde se le redobló la fiebre. Avisaron los médicos al padre Adorno que no habia que perder tiempo, y que era preciso intimar al cardenal que se dispusiese para morir : noticia que no sobre-

saltó á un hombre que habia vivido tan santamente, y acababa de lavar, por medio de una confesion general, las menores manchas en la sangre del Cordero. Pidió el santo Viático, trajéronsele; pero ¡con qué devocion le recibió! ¡cuáles fueron sus amorosos deliquios á vista del Dios de su salvacion, de aquel Dios que, al consumir el amor que nos tiene, quiere ser el Dios de las gracias antes de ejercer el oficio de juez de los hombres! Despues que recibió el pan celestial, se le administró la extremauncion; y porque siempre habia deseado morir como penitente, le tendieron sobre un cilicio cubierto de ceniza bendita. En este aparato de penitencia entró en una apacible agonía, que duró algunas horas, y despues fué á recibir en el cielo el premio de sus trabajos á los 47 años de su edad, en que habia entrado un mes antes, sábado 3 de noviembre de 1584. Publicada en Milan la noticia de su muerte, cada uno creyó haber perdido á su padre en el padre comun de todos juzgando que aun debia el Señor estar muy irritado contra aquel pueblo, pues le privaba de un obispo tan santo en lo mejor de su edad. Hiciéronsele magníficos funerales, celebrando la misa del entierro el cardenal Sfrondati, obispo de Cremona, y predicando el padre Panigarola la oracion fúnebre, que muchas veces interrumpieron, ó, por mejor decir, continuaron con mayor elocuencia las lágrimas del auditorio. Glorificó el Señor al santo cardenal con tantos milagros, que en breve tiempo se vió rodeada de votos su sepultura; á cuyo ruido y á la fama de sus virtudes le canonizó primero la voz del pueblo, y esta, en fin, obligó al papa Paulo V á ponerle en el catálogo de los santos el día primero de noviembre del año 1601, mandando que se celebrase su fiesta el cuatro del mismo mes. Luego que el papa Gregorio XIII tuvo noticia de su muerte, exclamó: *Apagóse la lumbrera de Israel.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Milan, san Cárlos Borromeo, cardenal y obispo de aquella ciudad, á quien el papa Paulo V canonizó por el brillo de su santidad y de sus milagros.

En Bolonia los santos Vital y Agricola, mártires. Vital, de sirviénte que era de Agricola, llegó á ser su cólega en el martirio. Los perseguidores agotaron contra él todos los géneros de suplicios, hasta tal punto, que no habia ninguna parte de su cuerpo sin herida. Padeciendo así con constancia, se puso en oracion, en cuya aptitud rindió su alma á Dios. Agricola, clavado en una cruz con muchos clavos, murió en ella. San Ambrosio dice que, hallándose él mismo presente á la traslacion de los santos cuerpos, puso con sus propias manos sobre el altar los clavos y el leño de la cruz, con la sangre del mártir victorioso.

El mismo día, san Filólogo y san Patrobas, discípulos de san Pablo.

En Autun, san Preuil, mártir.

En el Vexino, san Claro, presbítero y mártir.

En Éfeso, san Porfirio, martirizado bajo el emperador Aureliano.

En Mira de Licia, los santos mártires Nicandro, obispo, y Hermas, presbítero, bajo el presidente Libanio.

El mismo día, la fiesta de san Pierio Alejandrino, quien, habilísimo en las santas Escrituras, viviendo del modo mas puro, y hallándose enteramente desprendido de cuanto hubiera podido distraerle del estudio de la filosofia cristiana, instruyó al pueblo con el mejor éxito en los días que Teonas regia la iglesia de Alejandria bajo Caro y Diocleciano, y publicó varias obras. Habiéndose retirado á Roma

cuando hubo cesado la persecucion, pasó en ella el resto de su vida, y murió en paz.

En Rodez, san Amanto, obispo, á quien realzaron toda su vida la santidad y los milagros.

En Bitinia, san Juanicio, abad.

En Alba Real, san Emerio, confesor, hijo de san Estéban; rey de los Húngaros.

En el monasterio de Cerfroid cerca de Meaux, san Félix de Valois, fundador de la orden de la Santísima Trinidad de la redencion de cautivos. Celébrase su fiesta el 20 de este mes, por decreto del papa Inocencio XI.

En Tréveris, santa Modesta, virgen.

En la Bélgica, san Perpets, obispo de Maestricht.

En Angers, san Gerardo, presbítero.

En Momonia, provincia de Irlanda, el tránsito de san Colman.

En Inglaterra, san Birstano, obispo de Winchester.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente :

Ecclesiam tuam, Domine, sancti Caroli, confessoris tui atque pontificis, continua protectione custodi: ut sicut illum pastoralis sollicitudo gloriosum reddidit, ita nos ejus intercessio in tuo semper faciat amore ferventes. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Conserva, Señor, tu Iglesia, mediante la continua proteccion de san Carlos, tu confesor y pontífice, para que así como le colmó de gloria el cuidado que tuvo de su rebaño, así tambien nos haga á nosotros cada dia mas fervorosos en tu amor su poderosa intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 44 y 45 del libro de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y

inventus est justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictio-nem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriae. Statuit illi testamentum aeternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso, el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en losojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio; y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

« Ya se ha dicho en otra parte que esta epístola se sacó del libro de la Sabiduría, del cual toma la Iglesia diversas cosas que se dijeron de los patriarcas antiguos, y las aplica á los santos obispos que desempeñaron dignamente su ministerio por haber copiado las virtudes de aquellos primeros santos. »

REFLEXIONES.

Confríole el gran sacerdocio, colmóle de felicidad y de gloria para que hiciese todas las funciones con dignidad, cantase las alabanzas del Señor, anunciase al pueblo su gloria en nombre suyo, y ofreciese á Dios in-

ciendo digno de su grandeza en olor de suavidad. Tal debe ser la pureza de costumbres, la virtud y la santidad de aquel á quien escogió Dios como á Aaron para el sagrado ministerio. Pedía Dios grande inocencia y grandes virtudes á los sacerdotes de la ley antigua, no obstante que, por decirlo así, no eran mas que figuras de los de la nueva. Pues ¿cuál deberá ser la virtud de estos? ¿cuál su perfección? Hagamos juicio de ello por la infinita diferencia de sacrificios entre el antiguo y nuevo Testamento. ¡Cuánta es la santidad, cuánto el valor, cuánto el infinito mérito de la víctima que se ofrece en el sacrificio de la misa! Pues infiere de ahí ¡cuánta debe ser la santidad y la pureza del ministro que le ofrece! Pero ¡qué afectos de admiración, de amor y de reconocimiento debe excitar en todos los fieles la memoria sola de este incomprensible beneficio! ¡Qué asombro y qué respeto á la vista de esta maravilla! ¡con qué humildad deben comparecer delante de esta adorable majestad! ¡cuánta su ansia por participar de los sagrados misterios! ¡cuánta su respetuosa veneración á los altares! ¡qué respeto á tan augustas ceremonias! pero ¡cuál debe ser la eficacia de la fe! ¡cuál la pureza de costumbres, la eminente santidad de esos ministros del Altísimo! ¡de esos visibles mediadores entre Dios y los hombres! ¡de esos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad respetan las potencias de la tierra, cuyo sagrado carácter se hace también respetable á los mismos ángeles! ¿Podrán acercarse al altar sin sentirse sobrecogidos de un santo terror? ¿podrán tener en sus manos la sagrada hostia sin experimentar los maravillosos efectos de su divina presencia? Salió Moisés de la conversación que tuvo con Dios en el monte con el semblante inflamado, arrojando rayos de luz por todas partes. Y ¿podrá salir del altar un sacerdote sin nuevo fervor, sin nueva devoción, sin que se note en él una

virtud mas resplandeciente? Así discurre todo hombre de buen juicio instruido en las verdades de nuestra religion: así discurren hasta los Iroqueses y los Indios luego que están bien informados de nuestros sagrados misterios. Pero ¿discurren de la misma manera todos los cristianos? ¿acreditan todos con su conducta la fe que profesan, y la idea que tienen de este divino misterio?

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrinè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor cinco talentos me entregaste. hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho;

constituam; intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi; ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

entra en el gozo de tu señor. Llegó también el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

NO HAY CONDENADO QUE NO ESTÉ CONVENCIDO DE QUE SU CONDENACION ES OBRA DE SUS MANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto será el dolor, la rabia y la desesperacion de un infeliz condenado, cuando por toda la eternidad esté invenciblemente conociendo que él mismo fué el artífice de su condenacion. Si se condenó, fué por su culpa; si se condenó, fué porque le dió gana de condenarse; si se condenó, fué porque no quiso ni se le antojó corresponder á la gracia. Habia hecho Jesucristo todo el coste de su salvacion; no le habia excluido este divino Salvador del beneficio de la redencion; nació, vivió, padeció y murió por él como por los predestinados; merecióle, y le comunicó todos los auxilios suficientes para ser santo. Esta verdad es del mayor consuelo para todos los fieles; pero es de un desesperado dolor para todos los condenados.

Si los hubiera dejado el Señor en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado los auxilios absolutamente necesarios para

salvarse, no por eso seria menos funesta su muerte, ni menos lastimosa su desgracia. Pero entonces todo su furor, toda su rabia y toda su cólera seria contra Dios, que solo los habia sacado de la nada para perderlos. Mas ¡qué sentirán! ¡cómo se enfurecerán! ¡qué odio tan mortal no se tendrán á si mismos sabiendo muy bien que aquel Dios era un buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel juez era un Salvador que habia muerto por ellos; que aquel Criador era un buen padre que á ningun hijo negó jamás su legitima; que solamente los crió para ponérsela luego en las manos; que además de eso no hubo siquiera uno á quien no le hubiese liberalmente concedido algun caudal para que negociase con él, y para merecer la salvacion que en los adultos solo se da á título de premio y de salario! Condenóse aquel porque no quiso escuchar la voz de su buen pastor; porque voluntariamente se apartó del rebaño; porque no le dió la gana de volverse al redil. Si esta oveja fué despedazada, ¿será culpa del pastor ó de la oveja?

¿Qué motivo habia para dejar la casa del mejor de todos los padres, y para no querer vivir sujeto al dulce yugo de sus leyes? ¿No fué grande extravagancia cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdense el yugo de la ley; no se puede sufrir la dependencia; quiérese vivir al antojo de cada uno. No quiere Dios violentarnos, ó porque no le gusta el servicio forzado, ó porque respeta, digámoslo así, la libertad que él mismo concedió al hombre. Pero ese infeliz pródigo, distante ya de la casa de su padre, encuentra bien presto en su propia libertad su mayor desdicha, su ruina y su perdicion. No hay un solo condenado que no sea artífice de su desgracia. ¡Mi Dios, qué dolor eterno! ¡qué eterna desesperacion! ¡haber trabajado en su propia pérdida! ¡deberse á si mismo su condenacion!